

futilidad para que no saliera de este terreno la entrevista, exclamaba: — ¡Divinamente! — Entrando después en un largo discurso sobre las diferencias que existen entre las representaciones de los teatros y las que se verifican en los salones.

Rosalía, amante, y por esto susceptible á las menores impresiones, desfallecía en el entretanto.

— ¡Es tan inocente — exclamaba la señora de Offarel, volviendo al lado de los dos jóvenes — que no ha sabido sacarle de su maldita comedia!

Furiosa, y en la necesidad de descargar su ira con alguien, preguntó á Renato:

— ¿Y su amigo de usted, Larcher, no se sentía envidioso?

VI

LA LÓGICA DE UN OBSERVADOR

Renato, que fué á casa de Offarel bajo penosa impresión, salió de allí aun más dolorosamente impresionado. Hacía un momento le desagradaban los demás; ahora se desagradaba á sí propio. Vino á proporcionar un placer á Rosalía, y le había ocasionado un nuevo sufrimiento. Por más que el poeta sólo sintiera para ella un amor de imaginación, había sido tan sincero, que necesariamente conservaba el extraordinario poder de apreciar hasta los menores movimientos de aquel corazón virgen, y una ineficaz cuanto amarga piedad por el dolor que la agonía de su pasión llevaba á Rosalía. Una vez más se preguntó si no era deber suyo decirle que ya no la amaba. Esta cuestión insoñable significa la brutalidad egoísta y cruel, ó la mezcla horrible de compasión y perfidia. «Veremos más adelante», que equivale á prolongar el martirio.

Tendió la vista á su alrededor, y sin darse cuenta se encontró en aquella parte del barrio

de San Germán en que se paseaba cuando joven, encantado con la lectura de Balzac, soñando en una duquesa de Langeais ó de Maufrigneuse; en aquella taciturna calle Barbet-de-Jouy, que realmente parece un cuadro preparado para una señora de aristocracia algo artificial, por la absoluta carencia de tiendas, esplendor de sus hoteles y jardines, un tanto provincianos.

Inevitable asociación de ideas condujo á Renato al mundo de la Condesa de Komof, y por cuarta vez, durante la mañana, á la imagen, más distinta ya, de la señora de Moraines, en que se fijó con ahínco por la fatiga de las emociones tristes acabadas de experimentar; ésta era dulce, y además borraba la figura de Rosalía.—«¿Cuándo la volveré á ver?» — «Los días de ópera, antes de comer...» — me dijo.

Y risueño, apresuró el paso hasta los anuncios del boulevard de los Inválidos, leyendo los espectáculos de la noche, que ignoraba este aprendiz de elegante.

Era viernes y se daban *Los Hugonotes*. Olvidóse de todo y de todos para acordarse sólo de que la señora de Moraines podría recibirle. ¿Iría? Su corazón acusaba violento desorden. Razonando el pro y el contra de su deseo, consideró que para hacer la visita ha-

bía de empezar por vestirse y luego por conocer las señas; de aquí llegó á la necesidad de ver á Claudio para averiguarlas, justificando á sus ojos esta determinación la conveniencia de interesarse por su amigo, que se marchó tan contrariado la noche anterior; que quizás lloraría su desdicha, ó se prepararía á un lance con Salvaney: cumpliría, pues, con este deber; incidentalmente tomaría también datos de Susana.

Se encaminó á la calle de Bellechasse, después á la puerta cochera del extraño domicilio elegido por Claudio; la empujó, penetrando en un inmenso patio, testimonio vivo del abandono, desde la crecida hierba hasta las telas de araña de los cristales de las desiertas caballerizas. Al fondo un hotel grande de tiempos de Luis XIV, en cuyo frontis se leía aún la orgullosa divisa de los Saint-Euverte, que aquí tuvieron su mansión señorial: *Fortiter*. El barrio de San Germán conserva este género de edificios solitarios y estropeados por la intemperie, tan amados de los artistas, que se entusiasman con el pintoresco-psicológico, valga la frase. Renato conocía la historia de la casa y familia del Marqués, retirado en sus haciendas del Poitou con sus tres hijos después de la rápida y simultánea muerte de la Marquesa, sus tres hijas y sus yernos, víctimas

del tifus. La difunta señora, administradora excelente, alquilaba dos pequeñas habitaciones á gente tranquila; habitaciones que en su origen se arreglaron para dos pariente pobres y emigrados. Véase cómo Claudio vino á parar allí y estaba solo, pues la tristeza alejaba los inquilinos. Esto precisamente agradaba al escritor paradójico y soñador, de existencia estrambótica, mundano y deseoso de un rincón en que ocultar sus agonías de romanticismo analítico. Porque Claudio cultivaba esta enfermedad de su espíritu en sí mismo, por amor al arte. El portero del hotel se hallaba á la absoluta discreción del escritor merced á los billetes de teatro que le daba y á la reputación de su inquilino. Renato entró en el gran vestíbulo, cuya magnífica lámpara probaba el esplendor de las recepciones de otro tiempo; subió la escalera de piedra con barandilla de hierro forjado, hasta el segundo piso; allí entró en un corredor, á cuyo extremo el doble portier de tela oriental anunciaba las curiosidades de una instalación á la moderna, en este hotel donde la sombra de grandes señores con peluca debería aparecerse durante la noche. El criado que acudió al oír la campanilla, mostraba esa fisonomía particular que traduce una de las mil influencias secretas de los lugares sobre la persona-

lidad humana; fisonomías que huelen á humedad, color verdoso y con el salvajismo de ave nocturna en el ojo y en la boca; guardianes de los castillos ruinosos y parte reservada de las catedrales. Sin embargo, Fernando, que así se llamaba éste, presentaba una singularidad en el género, la de hallarse bien vertido y á la moda con los desechos de su amo. Fué ayuda de cámara del difunto Conde de Saint-Euverte, y ahora cuidaba á la vez de Claudio y del hotel, de donde únicamente salía un día al mes. Como el portero hacía los recados y su mujer guisaba, el escritor tenía su servicio completo y todos encantados de su bondad infantil.

—Le han dejado á usted subir; me va á regañar el señorito.

—¿Está trabajando?— preguntó Renato, sonriendo de aquel miedo.

—No, señor; pero la señorita Rigaud ha venido.

—Pregúntele usted si quiere recibirme un minuto; écheme usted la culpa.

Al cabo de un instante volvió Fernando diciendo que podía subir, como en efecto subió por una escalerilla interior que llegaba á las tres habitaciones en que Claudio estaba casi siempre pensando ó sufriendo, según los casos. El aspecto de esta escalera y de las dos

primeras piezas llamaba la atención por el derroche de alfombras y cortinas. Una media luz apenas permitía ver los muebles de cuero de la sala de fumar y el ancho salón, cuyas paredes desaparecían con tanto libro. La mansión favorita del escritor era un cuartito, colgado de tela obscura y sobre ella cuadros y acuarelas de pintores como Forain, Degas, Raffaelli, Monet, Feliciano Rops, y en un zócalo forrado de paño un busto, en el que el gran escultor Rodin había reproducido maravillosamente la *psicología* de Claudio: la inquietud moral y el libertinaje, la reflexión atrevida y la voluntad débil, un idealismo nativo y una corrupción casi sistemáticamente adquirida. Una pequeña estantería, la mesa en el rincón, tres butacas de estilo veneciano y un ancho diván de piel color verde completaban el mobiliario de este asilo, lleno de humo del cigarrillo ruso de Colette en aquel momento. La joven se hallaba tendida sobre el diván, casi suelto su rubio cabello, en un traje algo masculino; por bajo de la falda se veían sus pies un poco largos con medias de seda negra y zapato charolado. Su rostro pálido, como pálido estaba el de Claudio, claramente denotaban el género de vida de ambos y la escena de reconciliación criminal que debía haberse efectuado.

—¡Mi querido Vincy, llega usted á tiempo para evitar que me pegue; es tan malo Claudio para mí! Di lo contrario si te atreves, amor mío.

Luego contó que no llevaba corsé casi nunca, y levantándose inclinó su cabeza sobre el hombro del escritor, que, subyugado por tanta y tan extravagante caricia, miró á Renato con alguna vergüenza, después á Colette con emoción. Ella extremó entonces sus coqueterías, sin asombro por parte de Renato, que ya conocía tales escenas. No obstante, le chocaba la furia de que ambos se hallaban poseídos la noche anterior, tan pronto anegada en deleites. Renato se sentía á su vez cogido con impresiones de este orden, que la actriz le causaba intencionalmente con las ondulaciones de su cuerpo y los detalles de su *toilette* en el cuarto del teatro, donde nada dejaba oculto al joven, que envidiaba y compadecía á Claudio á la vez, sin faltar jamás á su amistad y desechando pronto las sensaciones que tanta bajeza le inspiraban un momento. Pero una asociación de instintos, que suele ser más fuerte que una asociación de ideas, porque no nos damos cuenta de su proceso misterioso, le hizo recordar los encantos de la señora de Moraines, deduciendo de aquí que le sería imposible no verla en aquel día, y que jamás

pronunciaría su nombre ni preguntaría sus señas delante de gentes que de tal modo se producían.

—Vete; sabes que te amo y me haces sufrir— gritaba Claudio.—Acuérdate, y que te diga Renato cuál era mi estado anoche. Sin embargo, aun bajando á los últimos escalones, no podría dejar de adorarte.

—Que Renato cuente cuál era el mío y mi rabia... Yo he venido á ti la primera.

Colette en aquel momento se parecía á alguna de esas reinas que idolatran y mandan cortar la cabeza á sus amantes.

—Verdaderamente padeció Claudio mucho.

—Ya he dicho á usted que le mima. He salido temblorosa del teatro, aun sin desnudarme, ante la idea de un suicidio, y le he encontrado corrigiendo pruebas.—Esto exclamó la actriz.

—Es el oficio—contestó Larcher.

—Con esto sólo se prueba que somos ambos desordenados; pero yo te acepto como eres y tú...

Renato tropezó con un anuario de la *High-life*, y ruborizándose de la mentirijilla, dijo:

—Su nombre de usted no está aquí, Claudio.

—Ni falta que hace. Demasiado frecuenta el trato de esas gentes.

—Cualquiera afirmaría—repuso Larcher—

que no te desagrada la conversación de esos señores.

—Bonita alusión. El deber de esos es mostrarse *chics*, vestirse bien, jugar á las cartas y montar á caballo; pero tú jamás podrás ser más que un gomoso con cabeza de sabio. ¡Ojalá fueras hoy como el día que te conocí, hace ocho años, en aquel restaurant de la calle de los Santos Padres; yo iba con mi madre y mi maestro, tú allí en el rincón, tan guapo y con los ojos abiertos para gozar de la vida!

Levantóse en esto Renato, que ya había encontrado las señas que buscaba, calle de Murillo, cerca del Parque de Monceau; preguntóle ella si le verían luego en el teatro; recomendóle que no se pareciera á Claudio en lo de andar tras de las señoras del gran mundo, que no valen gran cosa, y encendiendo un nuevo cigarrillo, despidió á Renato.

—Siempre es así delante de gente; pero cuando estamos solos sabe mostrarse buena y tierna.—Con esta confidencia de Claudio llegaron á la escalera, en donde aturdidamente preguntó Vincy por Salvaney.

Algo pálido contestó:

—La mujer es capaz de todo, hasta del bien y... ¿qué quiere usted? la creeré siempre que me hable de cierta manera.

Y estrechó la mano de su amigo.